

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 20 -



Pensé en lo que había pasado esa noche durante mucho tiempo. De verdad que me planteé si seguir con mi relación de amistad con Lucas era justo para Jairo, pero al final dejé de pensar. A veces pensar está sobrevalorado. O no, pero decidimos que sí porque nos hace enfrentarnos a cosas para las que no estamos preparadas ni nos apetece estarlo. El caso es que llegué a la conclusión de que, si no ocurría nada entre nosotros, mantener la amistad de Lucas sólo podía traerme cosas buenas y no tenía por qué suponer un engaño para Jairo. El caso es que mentir, no mentía, pero ocultar la realidad era otra historia.

Hacía ya tres meses de aquella noche en la que mis amigas conocieron a Jairo y aunque seguíamos sin ponerle nombre a los nuestro, ya éramos una pareja al uso, de las que va al cine los domingos y se llama para contarse que se ha pillado el dedo con el cajón de los cubiertos. Desde ese momento habíamos tenido varias conversaciones que evidenciaban que me veía como un diamante en bruto que cuando lo pulas quedará muy brillante, pero que de momento tenía varias aristas. Vamos, que me veía como una niña que tenía mucho que aprender y madurar. Y no os voy a contar lo bien que me sentaba. Así que, para darle un poquito la razón, no le contaba que quedaba todas las semanas con Lucas por lo menos una vez para patearnos Madrid y descubrir nuevos sitios juntos. Atesoraba cada momento en una cajita que cerraba con llave cuando llegaba a casa, por si se abría y dejaba salir un montón de corazoncitos y arcoíris y tenía que esquivarlos para no admitir en voz alta que ahí había algo más de lo que estaba dispuesta a asumir. Y cuando mis amigas me preguntaban y yo les aseguraba que Lucas sólo era un amigo, veía la preocupación en sus caras, pero yo miraba hacia otro lado porque era mucho más cómodo. Ay, autoengaño, que bonito nombre tienes.

El caso es que esa tarde habíamos quedado para cenar en La Pescadería, una antigua pescadería de barrio (por si no lo habías deducido por el nombre) reconvertida en restaurante que tenía una comida de miedo. Normalmente, nuestras «citas» empezaban por la tarde, dábamos un paseo, hacíamos algún recado juntos, hablábamos de lo humano y lo divino y luego nos sentábamos a cenar o a picar algo, pero ese día Lucas tenía jaleo en el trabajo y habíamos quedado directamente en el restaurante. Me hubiera gustado sentarnos en la terraza, pero en febrero el tiempo todavía no acompañaba, así que reservamos una de las mesas de dentro, que tampoco se estaba nada mal.

—¿Habéis solucionado el marrón del curro?—le pregunté cuando llegó, después de que me diera un abrazo y besase mi mejilla durante más segundos de lo socialmente habitual.

—Sí, por hoy sí. Mañana llamarán y nos pedirán otros 20 cambios, 10 de los cuales ya les hemos dicho hoy que son imposibles. Pero ellos los piden periódicamente. Deben pensar que en realidad sí que lo podemos hacer y en una de estas se nos olvidará decirles que no—movió la mano restándole importancia—. Pero, en fin, que no te quiero agobiar con movidas de trabajo y yo lo que quiero es olvidarme de él. ¿Qué te cuentas? ¿Qué tal tu novio?

Siempre me preguntaba por Jairo nada más llegar. Era como un recordatorio (tanto para él como para mí) de que existía y ambos lo sabíamos. Él preguntaba, yo le decía que bien y no volvíamos a mentarlo en toda la velada.

—Bien—contesté, cómo no—. Como has llegado tarde, me ha dado tiempo de mirar la carta...

—Lo siento—me cortó.

—Si no me importa, pero como no estoy acostumbrada a que los demás lleguen más tarde que yo, me gusta remarcarlo cuando pasa—me reí—. En serio, necesito probar esto.

Le tendí la carta señalándole un plato en concreto.

—Mejillones con salsa de tomillo y limón, vale. ¿Algo más?

—Hombre, si me dejas escoger todo a mí, quiero salmón con verduras y una tabla de embutidos y queso para que no venga todo del mar—le dije relamiéndome.

—Lo que te gusta comer—se carcajeó—. Venga, pues hoy eliges tú, pero la próxima vez pienso escoger yo el sitio y la cena.

Me cuadré todo lo que pude sin levantarme de la silla.

—A sus órdenes mi general. ¿Pedimos una botella de La Trucha?

—¿Está bueno?—preguntó.

—Ni puta idea, pero es albariño y me ha gustado el nombre.

Todavía se estaba riendo cuando vino el camarero a pedirnos nota.

Como imaginaba, el vino estaba buenísimo. La verdad es que no tengo ni idea de vinos, pero unos me gustan y otros no, como a todo el mundo. Estaba tan, tan bueno, que la terminamos cuando todavía no habíamos dado cuenta de la cena, así que pedimos otra, con lo que ya íbamos bastante achispados. Pongámonos en contexto: yo soy de naturaleza poco observadora, y cuando llevo en el cuerpo unas cuantas copas de vino blanco, pues menos, claro. Por eso no me di cuenta de que un jamelgo de metro noventa y unas rastas rubias preciosas se acercaba con paso decidido a nuestra mesa hasta que no lo tuve enfrente. Y la divina providencia quiso que justo en ese momento yo le estuviera leyendo la mano a Lucas (de coña, evidentemente), acariciando con mi dedo índice los surcos de su piel.

—Hola—dijo una voz. Y yo levanté la vista despacio para encontrarme con la mirada de hielo de Jairo que se paseaba entre mi cara y la mano de Lucas y mía, todavía entrelazadas.

—Hola—contesté con un hilo de voz—. No sabía que conocieras este sitio.

—Te hablé de él la semana pasada.

Vaya, pues por eso me sonaba a mí.

—Sí, claro, es verdad. ¿Conoces a Lucas?

—En persona no. Encantado—le dijo. Y por su tono de voz no parecía que estuviera encantado en absoluto.

Le tendió la mano y Lucas apartó la suya de entre las mías para estrechársela.

—Estoy con unos amigos, pero nos íbamos ya. ¿Quedamos mañana?—me dijo.

—Sí, claro.

Hice ademán de levantarme para darle un beso, pero él se giró y se fue con sus amigos hacia la salida. Creo que era evidente que bien, lo que se dice bien, no le había sentado. Nosotros tampoco tardamos en abandonar el local. La vocecita impertinente que me repetía de vez en cuando que mis quedadas furtivas con Lucas no le iban a hacer ninguna gracia a Jairo subió de volumen y ya no podía concentrarme en nada más.

No me sorprendió demasiado ver a alguien apoyado en la pared al lado de la puerta de mi casa y menos me sorprendió comprobar que era Jairo. No es de los que se guardan las cosas para solucionarlas al día siguiente. Tomé aire y me dije que ese era el momento de demostrar mi madurez, aunque en realidad las piernas me temblaban y no me hubiese importado enfrentarme a esa conversación al día siguiente.

—Hola—dije cuando llegué a su altura—. ¿Subes?

—No, sólo quiero hablar cinco minutos.

—También podemos hablar arriba, ¿no?

—No.

Vale, pues sí que estaba enfadado.

—Bueno, pues tú dirás—le dije a la defensiva.

—¿Además te pones tonta?—preguntó abriendo mucho los ojos.

—Jairo, no quiero montar una escenita en plena calle. ¿Qué es exactamente lo que te ha sentado tan mal? ¿Que quede con un amigo? Porque eso no lo voy a consentir.

—Ana, de verdad, déjate de gilipolleces. Claro que no me sienta mal que quedes con un amigo, como si quedas con diez. Lo que me sienta mal es que quedes con ese amigo y me lo ocultes.

—No te lo he ocultado. Yo qué sé, no se me ocurrió decírtelo. Tampoco es tan grave.

—¿No se te ocurrió? Pero si me cuentas hasta el número de cafés que te tomas por la mañana, Ana. Admite al menos que no me lo has contado porque no has querido.

No me quedó otra que darle la razón porque al fin y al cabo la tenía.

—Pero si no lo he hecho es porque no quería que te emparanoiases cuando en realidad no pasa nada.

—Pues fíjate, que has conseguido lo contrario—contestó.

—Es un amigo, Jairo, por favor. Y es gay.

—¿Igual de gay que cuando os liasteis o un poquito más? Por hacerme una idea—contestó mordaz.

Se pasó una mano por el rostro para intentar tranquilizarse e inspiró y espiró ruidosamente.

—Bueno, voy a intentar plantear la situación con menos visceralidad porque parezco un loco celoso. Mira, Ana no me molesta que quedes con amigos o con exparejas, eso es lo de menos. Lo que me molesta es esta ocultación con una clara intencionalidad.

Intenté interrumpirle, pero él puso tres dedos sobre mis labios.

—No, por favor, déjame terminar. No te estoy pidiendo explicaciones, sólo piensa si es verdad lo que digo o no. Piensa si es verdad que me has estado ocultando estas citas para que no me enfade o porque si supiera lo que piensas en realidad me enfadaría con razón. Piénsalo y actúa en consecuencia. Somos todos mayorcitos, Ana y yo quiero estar contigo, pero sólo si tú también estás segura de querer estar conmigo. No me gustan las cosas a medias ni los juegos, cariño.

Posó su mano en mi mejilla con cariño y dejó un beso tierno en mis labios que me supo a tristeza. Después, sólo me guiñó un ojo y se marchó tranquilamente

calle abajo, con las manos en los bolsillos, dejándome a mí en la puerta con un nudo en la garganta y los ojos cargados de lágrimas.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>